Marciano Martín Manuel
La llama azul
LIBROS DEL LAGAR
NARRATIVA

Marciano Martín Manuel

La llama azul

LIBROS DEL LAGAR NARRATIVA

Diseño de cubierta: J. C. Guerra–Librero sobre una fotografía de Marciano Martín Neila

Maquetación: Pedro Pino

Primera edición: marzo de 2014
Edición digital: noviembre de 2021

© del texto, Marciano Martín Manuel
© de la fotografías: Herederos de Marcian Martín Neila
© 2021 de esta edición, Libros del Lagar
Calle Libertad, 4 B • 10700 Hervás (Cáceres)
+34 687 21 82 40 • mmmhervas@gmail.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transforma- ción de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo ex- cepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (CENTRO ESPAÑOL DE DERECHOS REPRO-GRÁFICOS) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Hervás 1941

El contrabando, la delincuencia, la hambruna y el mito del judío imaginario arrasan sin piedad a la humilde población extremeña...

1

EL SEÑOR CASTILLA

El señor Castilla tenía un olfato prodigioso: detectaba comunistas. Eso decía a la gente, pero en el pueblo nadie lo creía. Lo tachaba de majadería. Claro que ningún vecino en sus cabales se atrevía a decírselo a la cara. Era jefe de policía.

El señor Castilla tenía una mirada torva, como la urraca, y un carácter ácido, como los limones. Era un hombre empachado por la amargura y el resentimiento, como si la vida no le hubiese sido generosa. El jefe de policía veía en los niños traviesos aspirantes a bandidos. Poco amigo del capón —lo consideraba un lenitivo burgués— les fustigaba con la hebilla metálica del cinturón, «para meterles en cintura», decía socarronamente, marcándoles en la piel el emblema del yugo y las flechas, como hierro de ganado.

El jefe de policía se adentró con precaución por la sordidez del casco antiguo. Un forastero se hubiera perdido en aquel

dédalo de callejuelas quebradizas y casa espectrales, que parecía diseñado por el arquitecto de Satanás. Los cornijales de los tejados cerraban obstinadamente el paso a la mordiente luz de las estrellas. Junto al caño de tío Julián languidecía un portón mugriento, como la cueva de un ogro, que comunicaba con una callejuela tenebrosa. El jefe de policía atisbó receloso hacia ambos lados pues sabía que se adentraba en territorio hostil. El arrabal de los sin Dios. La antigua judería. Una judería anatemizada por los mitos, las invenciones y las leyendas antijudías. Se detuvo al pie de una callejilla recoleta. Probablemente la más estrecha del mundo. En la atmósfera flotaba el hedor de las heces entreverado con orines humanos. Se levantó un remolino de arena. La ventisca de solano arreciaba con clarines de agua.

Mientras resolvía si pasaba por el fosca y mugrienta callejilla, un amasijo de sombras le susurró al oído:

—En la casa del Matacristo ronda gente extraña.

El señor Castilla se quedó paralizado por la impresión que le había producido la voz subrepticia. Luego se repuso del sobresalto.

—¿Quién eres? —inquirió a la sombra misteriosa que se perdía por la antigua judería como alma que lleva el diablo.

El jefe de policía se despojó con brusquedad de la gorra gris y con la azada de los dedos se aró turbado las hebras encanecidas que glaseaban las sienes. Luego se caló la gorra gris con una actitud entre la perplejidad y la admiración y lanzó con fastidio un bufido de toro.

2

SUSANA

Susana procedía de un linaje de noble cuna cuya familia había amasado una fortuna considerable con el textil en el siglo de las luces. Cinco generaciones después, su padre, don Joaquín, acometió el proyecto empresarial de sustituir los telares braceros por artilugios mecánicos y aplicar una drástica reducción de plantilla para abaratar los costes de producción, pero las huelgas salvajes de los sindicatos socialista y anarquista, y la precaria exportación de tejidos a las colonias españolas de ultramar, que monopolizaba el comercio catalán, acallaron temporalmente la estridencia de los talleres de la fábrica durante la contienda hispano–norteamericana. Al cabo de las décadas, las deudas se comieron el patrimonio familiar con la misma voracidad con que el gusano de seda devora las hojas de moral. Los telares braceros, la taberna bulliciosa y la capillita neoclásica —que tuvo que candar sus puertas poco después de su inauguración porque el obrero no

creía en la burbuja inconsistente de Dios— fueron víctimas de la devastación económica. Don Joaquín, desesperado por su negra suerte, puso fin a su vida. Su amada esposa, doña Susana, tocada por una súbita dolencia en el pecho, bajó al sepulcro pocos meses después. Y su niña adorada cayó en las garras cicateras de la orfandad.

Susana fue acogida por un matrimonio deshijado con un lejano parentesco de sangre. Sus tutores se jactaban de dirigir la única fonda decente del pueblo. La vox pópuli —esa voz anónima, inculta, zafia y pendenciera que a la menor ocasión criminalizaba al más pintado colgándole el sambenito y quitándole la honra— ironizaba si la decencia de la que presumía el matrimonio era porque limpiaba el estiércol de la cuadra una vez al mes, como mandaban las ordenanzas municipales, o por el embrujo y tronío de sus amistades nebulosas.

El señor Leoncio no atisbó con ojos de santo su labor filantrópica con la huérfana. Su fonda no era una inclusa. Pero entre el juez de primera instancia y el señor alcalde presidente lo habían persuadido para que acogiera a la desamparada.

—Justo lo que le faltaba: una hija.

—¡Una bendición del cielo! —exclamó el alcalde presidente.

—A cambio, la justicia hará la vista gorda con sus negocios.

—Y daremos carpetazo a las denuncias pendientes, señor Leoncio —ironizó el juez de primera instancia.

—A fin de cuentas, la niña es carne de su carne.

—¡Pero, cuidado! ¡Mucho cuidado con frecuentar de nuevo la casa del Miedo!

—¡No toleraremos la más leve caída en los hábitos execrables de la delincuencia!

Al cabo de las otoñadas, la risueña Susana floreció con la hermosura de las cerezas, sin saber que su belleza de vestal sería su roca de perdición. Su tutor estimó que le había llegado la hora de ganarse el pan con el sudor de su frente y, de paso, aliviar las fragosas penalidades del negocio familiar.

Por aquello de guardar las apariencias, los tutores abrieron una segunda puerta en el cuarto trastero de la fonda, que reservaron exclusivamente para las amistades de su más estrecho círculo de confianza, a las que les placía platicar en la intimidad del hogar con la atractiva Susana. Fruto de una plática negociada con un íntimo del círculo familiar, fue el nacimiento de su hija. La angelical Susana vino al mundo al mismo tiempo que Canalejas perdió la vida abatido por la sinrazón de las balas anarquistas.

La patrona de la fonda había advertido a su pupila —en realidad, no le había advertido, le había exigido con un tono cáustico— que evitase otro embarazo no deseado. Bajo ninguna circunstancia la familia podía permitirse el sacrificio de tener que alimentar otra boca fastidiosa, como la de esa niña grimosa que emitía su llanto canoro en la banasta de castaño que hacía función de cuna.

—Que Dios envíe cuantos hijos quiera a los hogares cristianos, pero los pobres no podemos permitirnos ese dispendio.

Una noche de Todos los Santos, noche de católicas tradiciones, la familia se congregó junto a la chimenea de la cocina comedor. La única fuente de calor que emanaba en la sordidez de la fonda. Las llamas ardientes enceraban con sus panes de oro los rostros de la familia que daba cuenta de una sartenada

de calbotes, que cada cual regaba con un vino de pitarra de sabores embocados.

En el ambiente se mascaba el aroma dulzón de las castañas asadas entreverado con el olor de los leños calcinados.

Susana, abstraída en sus turbios pensamientos, apenas probó bocado. Mientras desmigajaba la carne templada de un calbote, como si fuera pan añejo, confesó a sus tutores que se encontraba en el segundo mes de gestación.

Al señor Leoncio le arremetió la tormentosa idea de echarla a patadas de la casa, como se merecía la moza ingrata que había traicionado, por segunda vez, la confianza de la familia, pero luego cayó en la cuenta de que no podía desembarazarse de Susana. Tenía la soga de la justicia colgada al cuello.

Azorada por la inclemencia de los hechos, Susana hundió la cabeza en el reclinatorio de las manos, como una dócil pecadora en acto de confesión. El cabello cobrizo veló la sublime palidez de su rostro, como una cortina de fuego. Luego prorrumpió en sollozos. Su hijita adorada hizo coro de llanto.

—Hay que deshacerse de la criatura —sentenció la señora Catalina.

Al tiempo que las aguanieves se recogían en las dehesas de Cáparra, la señora Catalina se deslizó por el recodo de la calle Sinagoga en busca de la partera. La comadrona, poco amiga de circunloquios, le aconsejó con hosquedad que lo mejor que podía hacer la joven era introducirse por la matriz una pastilla que ella le proporcionaría. Cuanto antes procediera con el remedio, menos riesgos correría su salud.

A los pocos días, Susana, lacerada por un océano de dolores, empezó a manchar el entablado del suelo. La sangre viscosa moteaba la madera arqueada como cuentas de un rosario.

Su salud declinaba como un crepúsculo otoñal. La señora Rogelia G.* R.* —que así se llamaba la partera— no tenía a su alcance yerbas medicinales, ni otros ungüentos caseros, para detener el flujo de la sangre delatora que le había provocado la pastilla de permanganato.

A falta de emplastos, la señora Rogelia sugirió:

—¿Por qué no encienden unas velas al Cristo?

3

LA ERMITA

La señora Catalina, con esa apabullante solicitud que tienen las mujeres para pedir e imponer las cosas a sus maridos, le pidió que la acompañara a la ermita del Cristo. El señor Leoncio no se tenía por creyente, pero en aquellos instantes de tribulación que la enfermedad se esparcía por el cuerpo de Susana como festones de fuego, no era momento ni lugar para debatir sobre la veracidad de las creencias religiosas.

Los católicos profesaban un fervor paroxístico, rayano en la superstición, por la imagen del Cristo. Parecía regir la vida del lugar, como san Pancracio con su ramo de perejil el negocio de los comerciantes. La solterona que no encontraba un varón que la amartelase en las noches glaciales de invierno, como la señorita Matilde, encendía al Cristo un cirio en petitoria de esposo y le suplicaba: «Un hombre, Señor. Solo te pido un hombre. Cualquier mostrenco de hombre». Y Dios Todo-

poderoso, por intercesión del Cristo, su embajador en la ermita, la ayudaba con su generosidad, como si fuese la diosa de la Fortuna, o le denegaba la solicitud del mostrenco, como hizo con la solterona Matilde.

Subieron a la ermita a primera hora de la mañana para evitar las lenguas murmuradoras que revestían el más liviano suceso con un crimen contra la moralidad. No era la primera vez que el señor Leoncio peregrinaba por la vereda del monte castañar. Caminaban en silencio, como ovejas careadas. En la portilla del monte nacía una vereda que serpenteaba entre retamas en dirección a las cumbres nevadas de Gredos, ruta del estraperlo con Castilla.

A Susana la llevaban en voladas las dos mujeres, como una muñeca desmayada. El señor Leoncio iba dos pasos por detrás de ellas, sin quitarles el ojo de encima. Su rostro compungido hubiera servido de modelo a Miguel Ángel para tallar la imagen de la Quinta Angustia.

Franqueada la puerta de la ermita, las dos mujeres trazaron atropelladamente un garabato de signos en la frente y sentaron a la mortificada Susana en un banco de madera. Sus huesos molidos crujieron como rama seca. Con fingido respeto, se postraron de hinojos y jadearon letanías inconexas que sonaban a música de réquiem.

El señor Leoncio permaneció de pie, como un poste de telégrafos. El mondadientes trazaba cabriolas en el trapecio de los labios, como si le agobiara la incontinencia de la prisa. El señor Leoncio atisbaba perplejo la efigie del Cristo crucificado. Era una talla rústica, de expresión ruda, con el rostro velado por el cabello bruno. Tenía los pies apoyados en una ménsula de castaño, como el Cristo crucificado de Velázquez. El señor

Leoncio no se dejó influir por su dolor apócrifo. Le faltaba apostura, calor humano. Y a la corona de espinas, le sobraban púas.

La señora Catalina le tiró con impertinencia de la manga de la chaqueta, como la señorona de palacio que tiraba del llamador de seda para reclamar la atención de su lacayo. El señor Leoncio se resistió a la llamada. No quería arrodillarse en la tabla sucia de castaño para no arrugar la raya del pantalón que se extendía pulida como una balda recién barnizada. A la segunda llamada, el señor Leoncio aproximó mohíno el oído a los labios de su señora y oyó cómo le exigía una moneda.

La funda de oro macizo que revestía el premolar izquierdo desprendió un fogonazo dorado. Alarmado por el dispendio de su esposa, el señor Leoncio inquirió:

—¡No me jodas, Catalina!

Su mujer miró impulsivamente hacia atrás. En la penumbra de la ermita no había un alma, salvo esa tosca imitación del Cristo de Velázquez.

—¡Sujeta esa lengua, León! ¡Pisas en sagrado!

—¡Mujer, no sabía que te hubieses convertido al cristianismo! —dijo su marido con una sonrisa sardónica.

—Nunca dejé de creer en Dios —replicó con roma convicción.

—Desconocía tu faceta religiosa.

El señor Leoncio sintió en sus huesos la humedad de la ermita.

—Necesito creer. Y tú también necesitas creer, como toda la gente del pueblo. De lo contrario, ¿cómo nos ayudará el Cristo con sus favores personales?

—¡Favores personales!

—¡Sí; favores personales!

El señor Leoncio no entendía la actitud extravagante de su esposa. Jamás había manifestado interés por la pamema de las religiones. Todas eran la misma comparsa: Egipto, Babilonia, Grecia, Roma, el judaísmo, el cristianismo, el islamismo. Y aunque creyese en la idea inconsistente de un Dios único, o trino, supongamos por un momento, solo por un momento, que de súbito apareciese una luz resplandeciente en la corona de espinas del falso Cristo de Velázquez y el señor Leoncio, iluminado por el fulgor de la talla de cerezo, cayese fervorosamente a sus pies y diera fe en la creencia de su poder sobrenatural. Aún con todo, el señor Leoncio, como cualquier creyente que estuviese lo suficientemente cuerdo y en posesión de sus facultades mentales, seguiría sin entender el comportamiento atrabiliario de la gente que acudía en romería a la ermita por mero interés personal, por puro egoísmo material —como ahora acudían ellos—, para que ese falso Cristo de Velázquez, con su dolor apócrifo, en trueco de unas monedas, le hiciese la merced de restablecer la descalabrada salud de Susana, como si fuera un mago hechicero o un actor nigromante.

—Déjate de filosofías y apoquina la moneda.

Su voz tintineó como los tarantines metálicos que la gente del lugar llamaba calambuches.

—¿A qué viene este dispendio?

La señora Catalina se quedó sorprendida por la flema de su hombre.

—¿Quieres conseguir el favor del Cristo?

—Con veinticinco céntimos va que chuta —el señor Leoncio deslizó el palillo ovalado en los pliegues de los labios. Primero, lo movió de izquierda a derecha, y luego, de derecha

a izquierda, como si respetase un orden protocolario.

—¿Cómo puedes ser tan tacaño?

—¿Tacaño? ¿Me llamas tacaño? —La voz del señor Leoncio sonaba ronca—. ¿Crees que los reales crecen debajo de los canchales, como los alacranes? Cada uno da en función de lo que tiene. No es justo que ricos y pobres apoquinemos por igual.

La señora Catalina pensó que para una vez que recurría a la misericordia del falso Cristo de Velázquez no era cuestión de escatimarle un mísero real.

—Hay que mostrase generosa para ser generosamente correspondida.

La señora Catalina no toleraba la actitud codiciosa de su esposo que quería menguarle al Cristo el óbolo sacrificial.

—¡Es por la salud de tu niña! —La señora Catalina reparó en la conducta heresiarca de su marido que balanceaba el mondadientes en los labios, como un tiovivo de feria. Como una ferviente conversa adicta a la nueva religión, le reprendió con aires intolerantes—: ¡Y quítate ese sombrero! ¡Estás en la casa de Dios!

El señor Leoncio se destocó el sombrero negro con muy malas maneras y dejó al descubierto unas hebras lechosas que tapizaban ridículamente su alopecia. Con la mano izquierda se planchó con afectación las hebras canas que tapizaban la cresta como una alfombra ajada. Luego, sacó tres monedas mugrientas de veinticinco céntimos, que entregó a su esposa, precedido de un rasposo ronroneo.

La señora Catalina masculló:

—¡La otra moneda, León!

Luego de que le entregara la dádiva escatimada, la señora

Catalina se acercó ufana al lampadario de cobre que adormecía en un rincón de la ermita, junto a la talla diminuta de la virgen negra de Guadalupe. Si Jesucristo había resucitado a Lázaro —caviló mientras introducía las monedas por la ranura del lampadario— ¿por qué no iba a restablecer la salud de Susana?

Al tiempo que la señora Catalina introducía la última moneda, Susana lanzó un aullido de dolor que resonó en el artesonado de castaño como el vuelo de la picaza. Por sus ojos exangües desfiló un campanario de brumas. Susana se desangraba ante el rostro impávido del falso Cristo de Velázquez. Los manchones rojizos solapaban la cera virgen que burilaba el entarimado deslucido de la ermita.

El señor Leoncio no daba pábulo a lo que veían sus ojos. Se preguntaba enojado por qué el Cristo le castigaba con aquella vesania. ¿No había pagado las gabelas preceptivas? ¿Acaso le tenía por mal cristiano? Entonces todo el pueblo lo era. Empezando por los sacerdotes y las cofradías que tenían secuestrado al buen Dios en sus iglesias y ermitas.

—¿Ves lo que has conseguido? Has hecho que se enfade —le reprendió su esposa señalando al Cristo con un gesto de contrariedad.

—¿Acaso mi dinero no es bueno?

—Le has regateado la limosna. Y eso lo ha enojado.

El señor Leoncio enmudeció como un panolis. Tenía la sensación de que le habían estafado.

—Pues tendrá que devolvérmelo —azuzó con una expresión cínica.

—¡Esa sí que es buena!

—Yo he cumplido mi parte. Él, a lo que veo, no es hombre de palabra.

Churretones de cera escurrían por el cuello del señor Leoncio, como un cirio pascual.

—No exageres.

—¿Qué no exagere? ¡Maldita sea!

—¡No blasfemes!

—¿Quién blasfema?

El señor Leoncio sacó impulsivamente la navaja, abrió la hoja de acero y enfiló hacia el lampadario de cobre con el gesto de la venganza marcado en el rostro.

—¡León! ¿A dónde vas?

El señor Leoncio respiró hondo, miró a sus espaldas y farfulló:

—A coger lo que me pertenece. ¿O crees que este zampalimosnas va a salirse con la suya?

—¡Olvídate del dinero!

—¿Qué me olvide del dinero?

La hucha del lampadario estaba bloqueada con un candado metálico.

—¡Olvídate, te digo!

—¡Déjate de gaitas!

El señor Leoncio maniobró con la navaja.

—¿Quieres que nos enchironen?

—¿Te vas a ir de la lengua?

—¡Yo, no!

—Entonces, ¿quién?

—¡La ermitaña!

—¿Y qué tiene de malo que entremos en la ermita?

El candado resistió las embestidas del señor Leoncio, que ya empezaba a perder la paciencia.

—¡Oh, nada de particular! —ironizó—. Tres personas

que jamás pisan la iglesia, dos de ellas con antecedentes penales, aparecen como por arte de birlibirloque con una moribunda desangrando entre los brazos, y ese mismo día la ermitaña encuentra forzada la hucha. ¡La guardia civil se nos echará encima! ¡Larguémonos de aquí!

El señor Leoncio prendió una vela y aplicó la punta de la llama ardiente en la ranura del candado.

—¡De aquí no se mueve nadie! —zanjó la partera, que ya se veía con los huesos en la trena. Meses atrás había sido multada con mil pesetas y dos meses de arresto mayor sustitutorio por un delito de tentativa de aborto—. ¡Todos estamos metidos en el ajo!

Las dos mujeres contendieron como tigresas enceladas.

—¿Cómo que todos?

—Ya lo ha oído. ¡Todos!

—Algunas están más metidas que otras.

—¿Qué quiere decir con algunas?

—No se haga la tonta conmigo.

—Usted también está en esto.

—Yo no le he dado ninguna pastilla a la niña.

La llama dorada de la vela ennegreció la ranura del candado.

—¿Quién ha sido entonces?

—¿Y usted me lo pregunta?

—¡Con que esas tenemos!

—¡Ajá!

El señor Leoncio tocó el candado. Había olvidado que el metal estaba candente y se chamuscó la yema de los dedos.

—¡Cristo!

La partera miró el rostro desquiciado del hombre.

—Se me ocurre pensar —asestó— que su pupila paseaba por el «Robleo», y de pronto, la arremetió un dolor, se encontró una pastilla entre los castaños de Indias y se la introdujo por la vagina, como quien se introduce esponjas empapadas en agua. Pero resulta que la pastilla le sentó como un tiro en la nuca porque estaba podrida, como la manzana de Blancanieves.

Con la culata de la navaja, el señor Leoncio golpeó el candado, con un gesto de exasperación.

—¿Y quién le dio la manzana? ¿Eh? ¿Quién?

—¿Quién, dice?

—¡Sí! ¿Quién?

La navaja resbaló en el candado y le hizo un corte en la falange del dedo índice.

—¡Rediós!

El señor Leoncio se enojó por la pintura roja que había maculado el charol de sus zapatos. Se chupó la sangre con fruición. Estaba fresca y dulzona como el jarabe. Luego se anudó un pañuelo azul a la falange del dedo. Parecía como si tuviese un dolor de muelas.

—Yo se la he dado. Pero, ¿quién me la ha pedido?

El señor Leoncio aporreó el candado con saña.

—¡Deja en paz el puñetero candado!

Susana emitió un quejido envuelto en tules de llanto.

—¡Mi niña!

Las dos mujeres trasladaron a la joven afligida a la casa de la ermitaña. Un livor de cansancio sellaba su rostro. La señora Catalina quedó al cuidado de la pálida doliente aliviándole con paños húmedos los madroños de la sangre que ungían su cuerpo de Verónica.

Entre tanto, el señor Leoncio buscó ayuda en el campamento antipalúdico de los Campillares. Cuatro falangistas fornidos trasladaron en parihuelas a la afligida Susana. La soldadesca cruzó por la Plaza de la Corredera con la velocidad del azor ante la mirada inquisitiva del enjambre de mujeronas que colmaban los cántaros de barro con el agua de la fuente, y del quiosquero tullido que vendía cigarrillos sueltos y cambiaba novelas de pistoleros. Un rapazuelo harapiento con una sonrisa idiota reparó en el ramo de lirios que la demacrada Susana agavillaba entre las manos, como garcillas blancas. Su cuerpo gemía jazmines negros.

Susana fue atendida por el galeno entre relumbres de sudores. Los bucles carmesíes le pesaban como losas de camposanto. No respiraba, suspiraba. Dos avecillas de colores salieron espantadas de los nidales de sus ojos. Susana lanzó un gemido cristalino que resonó en la cripta del cielo como oblación de muerte. La guadaña del ángel negro enturbió su visión con banderolas de sangre.

Refiere la mitología griega la existencia de tres diosas de la muerte que gobiernan caprichosamente la vida y destino de los seres mortales. La ingrata Cloto había hilado su vida en el huso de la desdicha. La pérfida Láquesis había medido con usura sus fugaces años. Y cuando la diosa Átropos cortó con las tijeras el hilo de la vida, le hizo un grato favor porque le había liberado de la esclavitud del meretricio.